

po económico-social acaba de obtener el catolicismo, por uno de sus representantes, en la capital, en la ciudadela del protestantismo.

Tan insigne ha sido ese triunfo del Eminentísimo Purpurado inglés, que la misma prensa disidente no ha podido menos que celebrarlo y dirigir encomiásticas frases al Prelado pacificador. *La Reforma*, diario radical belga, colma de elogios al Cardenal y llama la atención sobre la inmensa superioridad que el Obispo católico mostró sobre el Obispo protestante, superioridad que, según dice el *Diario de Bruselas*, ha conmovido á toda la prensa protestante de Londres. Y el *Diario de los Debates*, parisiense, y nada católico, después de referir el suceso y ponderar las dificultades de la empresa, concluye de la siguiente manera: "Es este un noble y grande ejemplo que ha dado el Cardenal Manning, el cual ha adquirido un nuevo título al reconocimiento de sus conciudadanos, para los cuales, hace ya largo tiempo, es "el Cardenal."

Efectivamente, en Londres, en las conversaciones, raro es que se hable de él como del Cardenal Manning; se le llama simplemente "el Cardenal;" la palabra Cardenal dice todo; ya se sabe que se trata del Cardenal Arzobispo de Westminster, en una palabra, del Cardenal por excelencia.

"En un país protestante en que el Papado y la Iglesia de Roma son siempre sospechosos á la mayoría, llegar á una situación como aquella que ocupa el Cardenal Manning, es realizar lo imposible; y ha sido necesario para esto todo el ascendiente que pueden ejercer una fé ardiente y sincera, una lealtad, una prudencia y un patriotismo inegable, puesto al servicio de una caridad y de una filantropía sin límites. De hoy en adelante el Sr. Gladstone tendrá un rival en la imaginación popular y "el Cardenal" será para las clases obreras de Londres, un segundo "grand old man," como lo ha dicho el Sr. Burus, entre las aclamaciones de la multitud."

Como se ve, la prensa disidente europea no toda ha perdido la sindéresis y el sentido comun, como la prensa mexicana liberal. Supeditada esta prensa á los impíos sólo tiene denuestos y calumnias para el Episcopado y el clero católico. En México, nuestros enemigos habrían abrumado de injurias y soeces recriminaciones al Cardenal Manning, como lo han hecho con nuestros Obispos.

El Papa ha enviado una felicitación al Cardenal Manning por el éxito obtenido al intervenir en el asunto de la huelga de obreros de Londres, que fué durante algunos días el temor de los habitantes de la capital del Reino Unido.

Digna de alabanza es la conducta seguida en esta ocasión por el insigne purpurado que con celo apostólico ha intervenido felizmente en las disensiones habidas entre los obreros y los patronos, haciendo contrastar su vivo interés y amor por las clases trabajadoras con la indiferencia del Obispo protestante.

Algunos periódicos ingleses, para rebajar el mérito alcanzado por el Cardenal Manning con motivo de la huelga de Londres, dicen que no es de admirar el resultado de su intervención, porque las tres cuartas partes de los obreros eran católicos. El *Pall Mall Gazette* dice que "esto no era cierto ayer; pero que podrá serlo mañana."

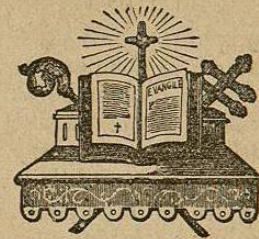
Estas confesiones de los mismos protestantes prueban los progresos del Catolicismo en Inglaterra.

NUEVO CAPITULAR.

Por la vacante que resultó en el Cabildo de esta S. Iglesia Catedral con la promoción al obispado de Colima del Illmo. Sr. Obispo D. Francisco Diaz, fué electo en Capitulo, para cubrir la expresada vacante, el Sr. Dr. D. Ramon López; y como este Sr. por su nuevo nombramiento dejaba vacante la Secretaría de Cabildo, quedó nombrado Secretario del mismo, el Sr. Presb. Dr. D. Manuel Alvarado.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, ENERO 8 DE 1890.

NUM. 25.

SECCION III.—Variedades.

HOMILIA

Predicada en la Santa Iglesia Catedral de México, el 8 de Diciembre de 1889, con motivo del Jubileo Sacerdotal del Illmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DAVALOS, por el Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON, Obispo de San Luis Potosí.

Santificabis annum quinquagesimum: ipse est enim jubilaeus.

Santificarás el año quinquagésimo porque es año de jubileo.

LEVITIC. XXV, 10.

Illmo. Señor: (1)

¿Qué significa este concurso, tan escogido como numeroso, cuya vista me llena al mismo tiempo de confianza y temor? ¿Por qué más de un Prelado abandona su diócesis, en una época en que ordinariamente se nos prohíbe ausentarnos de nuestras Iglesias? ¿Por qué tantos párrocos, tantos religiosos, tantos sacerdotes, se alejan de su residencia en un día tan solemne, y se reúnen bajo las bóvedas de esta insigne Basílica? ¿Qué ob-

(1) El Illmo. Sr. Arzobispo de México. Se hallaron presentes los Illmos. Sres. Obispos de Leon, Zacatecas, Puebla, Yucatan, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Sinaloa.

jeto tiene la cita que parecen haberse dado en este sagrado recinto, hoy demasiado estrecho para contener tamañas multitudes, los fieles más devotos, los personajes más distinguidos, las damas más piadosas, no sólo de la capital y de las ciudades circunvecinas, sino aun de las regiones más lejanas, que las nuevas vías de comunicación han acercado á nuestras puertas?

Perdona, ¡oh Virgen Sacrosanta! si profiero palabras, á primera vista irrespetuosas para tu excelsa majestad. A ningún otro pueblo de la tierra cede el mexicano en amor hácia tí, y en veneración al augusto misterio de tu Inmaculada Concepción. Pero no es á celebrar en tu honor una fiesta que con mayor gusto habrían solemnizado en sus respectivas catedrales, parroquias ó santuarios, á lo que principalmente han venido las turbas que en derredor miro apiñadas. Hemos venido, Illmo. Señor, (si me es lícito apropiarme las palabras de San Jerónimo), á tributar las alabanzas que debemos a vuestra noble vejez, y á contemplar vuestra majestuosa cabeza, blanca como la nieve, y adornada de cabellos cándidos como lana, á semejanza de Cristo, cuando se apareció á San Juan en el Apocalipsis, sentado entre los áureos candelabros, y cubierto con la rica vestidura de Sumo Sacerdote: *ut senectutem tuam, et caput ad similitudinem Christi candidum, dignis vocibus praedicemus*. Hemos venido á dar gracias al Padre de las

ja de la falta de sólida doctrina, que hacen que se sacrifiquen los más sagrados intereses, y se inmolen en las aras de una bastarda diplomacia los más santos principios. ¡Ah, Señores! Mirad en derredor, y por más que nos cuesta confesarlo, no hallareis un Heraclio, en quién para legarle su penosa herencia, puedan fijarse las miradas del que, nuevo Agustín, parece decirnos hoy desde su trono: Era joven cuando empecé á ejercer el ministerio sacerdotal; vedme ya encanecido por cincuenta años de apostólicos trabajos.

Hé aquí por qué, empezando por donde quizás habría debido terminar, dirijo desde luego á vuestro nombre ferviente plegaria al Todopoderoso, para que nos conserve todavía largos años la vida del venerando Pastor.

II.

Es antigua manía el alabar los tiempos pasados y encarecer la maldad de los presentes. Tan general ha sido esta costumbre desde las épocas más remotas, que ya Salomón reprende á los que preguntan por qué fueron mejores los años que ya trascurrieron y tacha de necedad semejante pregunta. Pero á fuerza de evitar esta exageracion se suele caer en la contraria; y hay muchos que al comparar la historia de los primeros arzobispos de México con la del actual Prelado que preside esta ceremonia, lo declaran feliz en parangon con sus predecesores, y abultando las dificultades que los antiguos encontraron en su camino, pintan color de rosa las tribulaciones de la Iglesia Mexicana en nuestros días y hacen aparecer á su Jefe nadando en dicha y en prosperidad. Que tuvieran grandes tropiezos los fundadores de estas cristianidades, nadie lo niega. Que muy á menudo se vieran envueltos en luchas encarnizadas los Pontífices de esta Metrópoli, ninguno lo duda. Pero cuán insignificantes fueron estas escaramuzas, cuán ligeros tales reveses, cuán superables esos obstáculos, si se les compara con las batallas, los infortunios y los azares que en cincuenta

años de sacerdocio ha tenido que sufrir el 31º Arzobispo de México, y cuán pocos han sido los triunfos ó los consuelos que han disminuido la amargura de sus interminables penas.

Bien conocido es el espíritu que animaba al venerable Zumárraga cuando cruzó los mares para venir al Nuevo-Mundo. Deseaba, sí, evangelizar. Suspiraba por ganar almas al cielo; pero sabía que para plantar el árbol del Evangelio se necesitaba regarlo con sangre, y ardía en deseos de que la suya, derramada por manos idólatras, se convirtiera en esa simiente tan fecunda de Cristianos, de que ya en su tiempo hablaba Tertuliano. Grande fué su sorpresa al ver que sin graves obstáculos, abrazaban la fé los aborígenes; que la misma Reina del Cielo, con milagros patentes, se dignaba ser su colaboradora en el Apostolado, y que por millares se bautizaban diariamente los recién conquistados. ¿Qué dicha puede compararse á la de un misionero que en pocos años vé desaparecer la idolatría, y dilatarse la fé en el vasto territorio, antes inculto, á que lo ha enviado la Providencia? ¡Mil veces venturoso el Prelado cuyo único lamento es no poder hallar el martirio entre pueblo tan dócil! ¿Qué son ante estos inefables consuelos, algunas disputas con los gobernantes, algunas cuestiones con los magistrados, alguna calumnia que fácilmente se disipa, aún antes de llegar al trono régio?

¿Qué satisfaccion tendría Montúfar al reunir en Concilio, no sólo una, sino dos veces, á los Obispos de la naciente Iglesia, y al ver las leyes que dictaron puntualmente obedecidas y fielmente acatadas, aún por aquellos que empuñaban la espada, todavía llena de prestigio del Conquistador, y podían reinar absolutos á tan gran distancia de la Madre Patria! ¿Quién soñó siquiera en ponerle obstáculos á la construccion de la ermita de Guadalupe, que más tarde había de convertirse en Basílica?

Permitidme que os llame la atencion al Pontificado del tercer Arzobispo de

México. Apenas ha pasado medio siglo desde que el Venerable Zumárraga puso los pies en la Nueva-España, y ya su Capital presenta el aspecto de una Toledo ó una Sevilla, merced principalmente á sus prelados, y á la cooperacion que el Gobierno y el pueblo les prestan. Mirad al inolvidable Moya de Contreras presidiendo el tercer Concilio Mexicano de imperetcedera memoria. Vedlo en las aulas de la Universidad, que ya florece al par de las de Salamanca y París, rodeado de casi un centenar de doctores, y dirigiendo certámenes literarios y científicos, cuyo recuerdo todavía nos entusiasma. Contempladlo visitando uno tras otro los cuarenta conventos de religiosas que ya se elevaban majestuosos en la sola Metrópoli, y en los cuales alababan al Señor cerca de mil vírgenes de la jóven América, sin que nadie pretendiera coartarles la libertad de servir á Dios conforme á los deseos de su libérrimo corazón. Recorred los hospitales y colegios, y monasterios de varones, ó fundados ó enriquecidos por los Prelados mexicanos, y en los cuales resplandecía la caridad, imperaba la ciencia, florecían las letras, reinaba la santidad, y decidme: ¿no puede llamarse dichoso el Prelado á quien en tales tiempos concedió la Providencia vivir y brillar?

No os alarméis, Ilustrísimo Señor, creyendo que voy á trazar la historia de cada uno de vuestros Predecesores; permitidme, sí, que os presente de relieve uno que otro cuadro que haga resaltar, al propio tiempo que la grandeza de aquellos, lo espinoso de vuestro pontificado.

Estamos en el mes de Setiembre de 1620. Las lluvias torrenciales siempre se han desencadenado de tal suerte, que parece que las cataratas del cielo se han abierto como en tiempo de Noé, y los torrentes que de ellas se precipitan sobre la laguna, aún no seca, que sirve de base á la ciudad de México, amenazan sepultarla para siempre. Las calles de la capital de Nueva-España, más aún que cuando Cortés la contempló entusiasmado, la hacen asemejarse á Venecia; pero

¡ay! sin los diques y muelles, sin los indestructibles palacios y numerosas gondolas de la Reina del Adriático. Aislados los habitantes, encarcelados por las aguas, con sus casas arruinadas ó amenazando ruina, sin víveres, ni provisiones, claman en vano por socorro, en balde piden por lo menos los auxilios que en el último instante suministra nuestra santa Religion.

Enmedio de la desolacion general, una figura majestuosa se desliza, rápida como flecha, en improvisada barca, por las anegadas calles de la afligida Capital. A todos consuela, á todos socorre, á todos distribuye con los víveres del cuerpo el pan de la palabra y el eucarístico alimento. Es vuestro glorioso antecesor Manso y Zuñiga, Señor Ilmo.; es vuestro glorioso antecesor, cuya caridad no se cansa, aunque largos meses se prolonga la inundacion con sus horrores y tristes consecuencias, y cuya piedad recurre al fin, como vos habeis hecho recientemente, á nuestro último refugio y amparo, María Santísima de Guadalupe.

Ved, Señores, cómo la portentosa Imagen sale de su templo, y colocada en tosca, pero adornada canoa, viene desde su Santuario hasta la Catedral de México. Admirad la devocion con que aquellos piadosos fieles la saludan al pasar, y la invocan, y la acompañan, si pueden, por entre las aguas á su provisoria morada. Oid las bendiciones que, sin que haya una sola voz discordante, siguen por donde quiera al Arzobispo, aplaudiendo el noble pensamiento de cobijar la Ciudad con el milagroso Lábaro, y de hacer volver el rostro de la sobrehumana Efigie al irritado cielo, que, no satisfecho aún, envía la peste tras el largo diluvio. Recordad la gratitud universal hácia el Prelado, que continuando sus obras de beneficencia, establece él solo siete hospitales en su afligida Ciudad.

Venerable Hermano de León, que conmigo habeis venido á honrar á nuestro antiguo Jefe y favorecedor. Venerable Hermano de León: cuándo no hace muchos meses, emulando á Manso y Zuñiga,

misericordias, que durante cincuenta años os ha permitido ejercer entre nosotros vuestro sublime ministerio; y á unir nuestras preces á las vuestras, hoy que con paso todavía firme subís al altar á que hace medio siglo os acercásteis con planta trémula, aunque en la flor de la juventud. Hemos venido, por último, y muy principalmente, á rogar á la Virgen concebida sin mancha, que inauguró vuestra carrera sacerdotal, y os cobija aún con su manto en este semi-secular aniversario, que interceda por Vos ante su Hijo Divino, para que por largos años os prolongue una vida, si penosa para Vos mismo, necesaria en las actuales circunstancias á toda la Iglesia mexicana. A interpretar estos sentimientos de admiración, de gratitud y de esperanza, que abrigan los fieles que me circundan y nutre la nación entera, se reducirá mi homilía, que para no cansaros, Ilmo. Señor, en este día de emociones, y para obsequiar vuestra especial recomendación, será, contra mi costumbre, brevísima.

I.

Transportaos por un momento, Señores, á la suntuosa Basílica de la Paz, en Hipona, en una hermosa mañana de Setiembre, del año en que por vez duodécima era cónsul Teodosio, y por segunda Valentiniano, en el imperio ya decadente de la antigua Roma. Un inmenso concurso de fieles de todas clases de la sociedad se abruga bajo aquellas bóvedas, que muy presto caerán derribadas por la barra destructora de los Vándalos. En torno al altar, y enmedio del numeroso clero, se vé entre otros distinguidos sacerdotes, á Heraclio, designado por la voz pública como el futuro Jefe de aquella importante Iglesia; y enmedio de los dos Obispos Religiano y Martiniano, se sienta majestuoso en su trono el grande Agustin.

Blanca flota sobre sus sagradas vestiduras la sedosa barba que, cuando por vez primera empuñó el cayado pastoral, caía en rizos de ébano sobre su pecho. Al levantarse á arengar á su pueblo, se

nota que algo vacilan sus piernas, y aunque su voz es todavía tan vigorosa como en otro tiempo, un estremecimiento de terror agita al auditorio al escuchar sus primeros ecos. Los bárbaros, es cierto, no se hallan aún á las puertas de Hipona. Aún está lejos el momento en que el insigne Prelado rogará al Señor que corte el hilo de sus días, antes que ver al enemigo penetrar en los muros de su amada ciudad, y destruir en un instante, y para muchos siglos, las bellas obras espirituales y materiales que la actividad del gran Padre y sus gloriosos predecesores han acumulado en muchos años, con la ayuda de la Providencia. Pero un vago presentimiento invade ya los corazones del pueblo y del clero, de los Obispos asistentes, y sobre todo del gran Prelado, y apenas abre éste los labios, gruesas lágrimas empañan los ojos de los contristados oyentes y del facundo orador.

«Todos somos mortales—exclama—y ninguno sabe en la mañana si verá ponerse el sol que tan radiante acaba de nacer. Sin embargo, tras de la infancia se espera que vendrá la niñez, y que á esta sucederá la adolescencia. Confía el adolescente llegar á la juventud, y el joven aguarda que lo consolide la edad madura. El varón perfecto, aunque no sin temores, cree alcanzar la vejez; pero el anciano ¿qué le toca esperar? ¿Qué viene, por mucho que se prolongue, tras de la senectud?»

«La voluntad divina me trajo á esta ciudad en la flor de los años; pero el tiempo no ha trascurrido en balde, y aquí teneis convertido en anciano al que visteis llegar enmedio de vosotros, joven, robusto, activo, vigoroso, lleno de celo y esperanzas. La experiencia me ha enseñado que á la muerte de un Obispo, las ambiciones, las simpatías, las enemistades trastornan casi siempre á su Iglesia, y yo quiero evitar á la mía los males que en otras he presenciado, tomando ántes de morir, las medidas conducentes á efecto tan santo.»

Al llegar á este punto el elocuente

Prelado, el pueblo le interrumpe entre sollozos, y en todos los ángulos de la Iglesia se levanta unánime el grito: *Te patrem, te episcopum*. No nos hables de tu muerte, Pastor venerado, no menciones el nombre del que designas para heredar tu báculo. Tú has sido nuestro Padre en las épocas prósperas; tú, como buen Padre, nos has acariciado y nos has reprendido; tú nos has visto nacer, tú nos has criado, tú nos has llevado al altar, tú has acompañado á nuestros progenitores al sepulcro. Tus ovejas somos, te conocemos, ¡oh Pastor! y tú nos conoces. No, no queremos tomar de otras manos el pasto saludable, á tí solo reconocemos por Padre, á tí solo reconocemos por Obispo. *Te patrem, te episcopum*.

Oh Cristo, Príncipe de los Pastores, no nos dejes huérfanos ahora que tantos peligros nos amenazan, que los Vándalos se acercan, que el Imperio Romano se desquicia. Ahora más que nunca hemos menester de la prudencia, de la sabiduría, de la fortaleza, de la experiencia adquirida por nuestro insigne Pastor en tantos años de episcopado. ¡Oh Cristo, en cuyas manos está el destino de los hombres y de los pueblos, concede aún larga vida á nuestro venerado Agustin, prolonga esa vida tan necesaria para su Iglesia! *Exaudi Christe, Augustino vita*.

¿Me equivoco, por ventura, Señores, al afirmar que, si las costumbres de nuestro siglo lo permitieran, iguales clamores se elevarían al cielo en todo el ámbito de este templo vastísimo? ¿Esos gritos pidiendo la vida del adorado Pastor, que los fieles de Hipona hasta diez y seis veces repitieron, no corresponden á los vehementes deseos de vuestros agradecidos corazones? En la conciencia de todos están las verdades que voy á enumerar. Si nuestros santuarios han cesado de profanarse, ¿á quién lo debemos? Si se ha templado algun tanto el furor de los enemigos del nombre cristiano, ¿á qué causa, sino á la dulzura del Pastor de la Iglesia Mexicana, á sus virtudes religiosas y sociales, y su fino tacto es preciso atribuirlo? Por él reciben todavía vuestros hi-

jos una educación cristiana; por él habeis recobrado, y conservais un poco de esa libertad religiosa, que en un instante se pierde, pero no se recupera sino despues de siglos de luchas y sufrimientos. Comparad la situación que la Iglesia de México guardaba hace veinte años; recordad el desaliento de los unos, el encarnizamiento de los otros, el odio mútuo y la desconfianza general. No quiero pintaros lo presente color de rosa; pero sí convendreis en que el celo de vuestro Prelado, haciéndose todo para todos, sufriendo todo con invicta paciencia, perdonando todo, tendiendo á todos la mano, amonestando suavemente á propios y á extraños, ha curado muchas heridas, remediado muchos males, reparado muchas ruinas. Ved cómo enmedio de tan récias tempestades boga, comparativamente tranquila, la combatida navecilla de la Iglesia que él dirige. Ved con qué tacto esquisito gobierna su mano esta diócesi, cuya importancia es tan grande, que un error del Prelado puede comprometer los intereses, no sólo del territorio de su mando, sino de la República entera. ¡Ay de nosotros si en circunstancias tan críticas, llegara á faltarnos el Pastor que hemos venido á felicitar! ¿Qué sería de la Iglesia toda de México, si en momentos tan azarosos viniera á regir los destinos de su principal Metrópoli, un varón demasiado austero, sin conocimiento del mundo, sin tino para plegarse á las exigencias de una situación difícil, sin paciencia para soportar el error, sin atractivos para ganarse al descarriado, sin influjo personal y dotes de gobierno?

Peor sería nuestra suerte, si heredara el cayado del que hoy grande en la paz, pero que ha sido no menos grande en las espirituales batallas, algun inexperto sacerdote, sin la influencia que dan las pasadas luchas, sin el prestigio de la ciencia ó las letras, sin la aureola del sufrimiento, sin la gravedad de los años, y sí tal vez con esa debilidad que engendra la ambición, con esa cobardía que nace de la vanidad, con esa pusilanimidad, hi-